

Hijos de la ternura

LUGAR DE LA TERNURA
EN LA UTOPIÍA DEL REINO

Antonio López Baeza

P P C




COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

Diseño Estudio SM

© 2019, Antonio López Baeza
© 2019, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3422-3
Depósito legal: M 19983-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*En recuerdo de José Nicolás Lafuente,
apasionado del Reino,
corazón rebotante de ternura.
En la amistad para la vida eterna.*

El cielo cubrirá con su manto
a quien muera sin sepultura.
TOMÁS MORO, *Utopía*

El Hijo de Dios, con su encarnación,
nos invitó a la revolución de la ternura.
FRANCISCO, *Evangelii gaudium* 88

No dejar que lo que es sea el límite
de lo que puede ser.
JOHN SHELBY SPONG, *Piensa diferente*

PREFACIO DEL AUTOR

Escuchando las insistentes llamadas del papa Francisco a vivir «la revolución de la ternura», revolución que él mismo encarna en su persona y en su ministerio, no he tardado en percatarme de que dicha revolución no es otra cosa que la toma en serio del Reino predicado por Jesús. Que el Reino es la revolución siempre en marcha, porque responde a las necesidades reales del ser humano y de cada época de la historia. Que esta revolución permanente exige «entrar en contacto con la existencia real de los otros»; lo que significa «creer en la fuerza de la ternura» o, dicho de otra manera, reconocer en la vida ordinaria que «cada hombre y cada mujer son inmensamente sagrados y merecen nuestro cariño y nuestra entrega», sin que ninguna diferencia de raza, creencia o posición social impida el abrazo más fraterno y de responsabilidad mutua. Y será en un «cuerpo a cuerpo» con los sufrimientos y luchas de liberación como los creyentes en el Dios de Jesús haremos presente el Reino de Dios en este mundo¹.

¹ Todos los textos citados en este párrafo pertenecen a *Evangelii gaudium* 88, 270 y 274.

Esta llamada del papa Francisco da origen a un programa pastoral en toda la Iglesia cuyo objetivo principal es liberar el nombre de Dios de tantas su-
ciedades –ideológicas y de poder– con que ha sido encubierto a lo largo de los siglos. Es un Dios, el nues-
tro, el de Jesús de Nazaret, que solo nos pide el amor: que aceptemos su amor gratuito y que lo compartamos gratuitamente con los demás.

De modo que en todas las actividades de las Iglesias cristianas debe aparecer con nitidez que es ese amor, el amor que da la vida por los que se ama, lo que debe manifestarse con claridad meridiana. Se trata de una predicación llevada a cabo con gestos, palabras e instituciones cuya orientación sea siempre la de ayudar a los creyentes a encontrar a Dios en la vida y celebrar su obra de misericordia, siempre a favor de los hombres, en las encrucijadas de la historia. Limpiar el rostro de Dios de tanta augusta lejanía, tanto poder castigador, tanta majestad que impone limitaciones e incluso anulaciones de valores humanos (valores de inteligencia, de libertad, de corporeidad), a fin de que nuestras vidas le sean gratas por sumisión servicial. ¡Cuando lo que le es grato a un Padre así es el desarrollo máximo de todas las cualidades que integran la vida de sus hijos! De modo que el Dios del Reino no puede confundirse con un demiurgo que recurre a los milagros para que creamos en él. Es un Dios que ama la vida

y se deja encontrar por los que aman la vida. Es un Dios tan realista, tan fiel a lo que constituyen las leyes del universo y los procesos de llegar a ser, que, en la fidelidad de cada ser a sí mismo, él es el primer colaborador en función del mayor éxito posible, de la más gozosa realización de cada criatura en su máxima belleza.

Es así como se puede ir entendiendo que la utopía del Reino coincide con la revolución de la ternura. Porque no se trata de un simple y circunstancial cambio de formas, leyes, maneras pedagógicas. «Revolución» significa cambios radicales que se precisan para que no muera la sociedad que los reclama. Para el mundo de hoy, el más absoluto de los cambios, el que puede garantizar un futuro digno del ser humano y de su hábitat natural, ¿no parece ser el de la revolución desde los últimos, la que consiste en comenzar por solucionar los problemas de los que más sufren, sea hambre, marginación social o discriminación cultural o racial (todos ellos carencia de valoración de su dignidad sagrada de persona)? Poner todo lo que está arriba al servicio de lo que está abajo, hasta que se nivelen los estatus de bienestar en clima de fraternidad. Esta es la utopía del Reino, irrenunciable en la predicación de las Iglesias cristianas. Artículo primero de todos los planes de pastoral. El cristianismo tradicional, tan necesitado hoy de cambios sustanciales –radicales– si quiere

seguir siendo –como en el pasado– una religión significativa para la ascensión humana, deberá empeñarse en ahondar en el valor ternura, a fin de unirse mejor en su actividad temporal con la acción ininterrumpida de Dios en el universo.

Como es fácil deducir, en el ejercicio y disfrute de la utopía del Reino habrá de ser la ternura el arma más eficaz. Al enemigo hay que vencerlo con la fuerza de la ternura, porque solo esta arranca todo sentimiento de venganza, odio y resentimiento de los corazones que se saben salvados, no por ninguna fuerza de poderes ni leyes de este mundo, sino por la experiencia de ser amados con un amor invencible, universal y eterno. La ternura que viene de Dios, ¿no es la herida de Jacob (Gn 32,23-32), la que recibe en su lucha con el ángel? La que le recordará en adelante y para siempre que el trato íntimo con Dios nos deja a todos heridos de invencible ternura.

Y así, en este libro, «utopía», «Reino de Dios» y «ternura» no son tres conceptos relacionados entre sí, sino tres maneras entrelazadas de decir lo mismo: solo el amor salva. Si me siento amado por un amor que plenifica mi ser, ¿qué otra salvación puedo desear? Si amo al mundo en que vivo y a todos los seres que lo pueblan con un amor de admiración, solidaridad y servicio, ¿qué más preciso para ser agente gozoso del Reino prometido? El que así es amado y así ama, comprometido con la misma

tarea que Dios realiza en el mundo, no tardará en darse cuenta de que el tiempo, nuestro tiempo humano, está preñado de eternidad.

En Archena (Murcia),
a 29 de enero de 2018

ÍNDICE

PREFACIO DEL AUTOR	7
1. EN BUSCA DE LA CIUDAD PROMETIDA	13
2. EL DRAMA DE LA UTOPIA	25
3. EL PUEBLO DE DIOS PEREGRINO EN LA TIERRA Y LA UTOPIA DEL REINO	37
4. LA FUERZA DE LA TERNURA	49
5. LA TERNURA COMO PASION	63
6. RESURRECCION: UTOPIA DE LA VIDA QUE NACE DE LA MUERTE	75
7. LA ENTREGA DE LA VIDA EN EL TIEMPO, GARANTIA DE VIDA ETERNA	87
8. EL KERIGMA CRISTIANO, AFIRMACION RADICAL DEL TRIUNFO DE LA VIDA SOBRE LA MUERTE	99
9. LA DIGNIDAD HUMANA, VALOR PRIMORDIAL EN LA UTOPIA DEL REINO ...	115
10. NUESTRA PATRIA IRRENUNCIABLE: ¡SER DEL TODO!	127
11. UTOPIA DEL REINO Y EXPERIENCIA MISTICA	141
12. LA UTOPIA DE TODAS LAS UTOPIAS: EL HOMBRE DESTINADO A SER DIOS	151

13. TERNURA UTÓPICA, ¿RETORNO AL PARAÍSO PERDIDO?	163
EPÍLOGO. POR UNA ESPIRITUALIDAD DE LA UTOPÍA	175
BIBLIOGRAFÍA	183